

Miguel Hernández: la fuerza

Escribe: DANIEL SAMPER PIZANO

Miguel Hernández nació pastor y campesino. Solamente que tenía "ángel". Y por eso resultó uno de los más auténticos poetas españoles de este siglo.

Como algo hay que contar de su vida, digamos que nació en Orihuela, Alicante, el 30 de octubre de 1910. Que se aficionó a las letras, y que tuvo oportunidad de conocer las obras de Góngora.

Producto de su contacto con el maestro del culteranismo son los primeros versos de Miguel, recogidos en su libro *Perito en lunas*. Son poemas de un gongorismo redomado, flotante. Había descubierto a Góngora y sigue embelesado tras de su descubrimiento. Cree que la poesía tiene su principio y su fin en los moldes poéticos gongorinos. Y lleva su ángel hacia este terreno. Pero queda forzado. El resultado es un libro de versos inauténticos, malos como gongorismo, y peores como hernandismo. No es este Miguel Hernández. Es un principiante falso, nada más. Como dice Elvio Romero, "sus versos suenan a moneda falsa, a esplendor engañoso, a piedra echada en saco roto".

El gongorismo en Miguel Hernández subsistirá —veladamente, eso sí— durante algún tiempo. Pero después habrá de ser superado. Porque sus normas son de una belleza y alambicamientos, externos, de una sutileza y un barroquismo que no pueden contener el sentimiento de Miguel, que se manifiesta desbordante, arrasador, vigoroso.

Posteriormente —y hablamos ya de su segundo libro, *El silbo vulnerrado*— Miguel empieza a ser él mismo. Había viajado a Madrid en 1931 y el libro es de 1934. Allí había conocido la constelación de poetas españoles y extranjeros que marcaban el paso en la literatura: Aleixandre, Neruda, Alberti, Machado. Y ya había recibido la crítica sincera de Ramón Sijé, su paisano. Su poesía es ahora una poesía de transición. Guarda aún algo del primer gongorismo, aunque depurado por las nuevas lecturas de los poetas actuales. Pero deja ver también la influencia de ellos. Y, además, empieza a irrumpir su verdadera personalidad.

La poesía de esos momentos es aun un remanso transparente. Ha escogido el soneto. Es un Miguel Hernández algo cándido, y es una poesía

harto bucólica, fenómeno comprensible por su desilusión al conocer y desengañarse de un Madrid con el que mucho había soñado: “No quiero más ciudad, que me reduce su visión, y su mundo me da miedo”. Prefiere su campo, su cultivo: “Y qué buena es la tierra de mi huerta”. Es entonces cuando, influído quizá por el sentido del dolor que navega en la poesía de Aleixandre —que Miguel ya conoce— da rienda suelta a su penar a veces: “Tanto penar, para morirse uno...”.

Pero pasan unos meses, y Miguel empieza a ser él mismo. Nada más que él mismo. Escribe *El rayo que no cesa*, que es ya una gran aproximación a su poesía definitiva. Empiezan los felices hallazgos poéticos: encuentra ya al toro como su símbolo, como el símbolo de lo varonil. El toro, que ha de ser la mejor alegoría de su sentimiento y de su indomable espíritu: fuerte, como el toro, bravo, como el toro, indoblegable, como el toro. Miguel se identifica con el toro, y continuará haciéndolo a lo largo de su vida. Es cuando dice: “Como el toro he nacido para el luto y el dolor”.

Descubre también un nuevo plan amoroso. Su verdadero plano amoroso. Antes había cantado la relación erótica cristalina; la relación doncel-doncella. Pero Miguel no es hombre para eso. El es hombre para gritar el amor del macho y la hembra. Así comienza a hacerlo. Y si antes concebía el amor como algo superior a lo terreno y se lo figuraba —Góngora estaba presente— como un encantamiento entre ruiseñores que se posaban de rama en rama, el amor es ahora el amor del bravo. Ya no el pálido amor, el triste amor. Es ahora el amor encendido y vibrante, el amor del toro: “Como el toro te sigo y te persigo”.

Se reafirma Miguel Hernández luego. Góngora ha quedado atrás, y con él, el pastor, el hortelano, el campesino de su poesía. Es ahora un Miguel Hernández más puro. Sigue en sus descubrimientos. Y concibe al hombre con toda la aplastante fuerza de su poesía. Ya no como un hijo de los dioses, ni como el rey de la creación. El hombre es otra cosa. El hombre es barro. Nada más, esa es la verdad del hombre:

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

*Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame.*

Soy un triste instrumento del camino.

*Soy una lengua dulcemente infame
a los pies que idolatro desplegada.*

Pero Miguel era, simultáneamente, un grande optimista. Si esto no es contradictorio, digamos que Miguel era el más optimista de los realistas. Y fue siempre optimista, hasta que sobrevino el derrumbe final que ya veremos.

Era optimista, pues. Y si la verdad del hombre era ser barro, al barro le colocará un corazón y un destino. Así, existe para él “un corazón de tierra” y “un destino de barro”. Allí es donde está el optimismo

de Miguel Hernández. Si examinamos en él la idea de la muerte, vemos que hasta la muerte es, para él, un símbolo optimista. No es el final. Es el comienzo de otra etapa. Para él, la muerte es el punto de partida para la resurrección vegetal. Esta idea ha sido asimilada por un poeta colombiano, por Carlos Castro Saavedra. Pero cada uno la entiende dentro de su modo de sentir poético. Para Castro Saavedra, la resurrección vegetal es un porvenir de flores y de espigas. Para Miguel Hernández la resurrección vegetal sigue fiel a su destino de tierra: "No cumplirá mi sangre su misión: ser estiércol?".

Sin embargo, y a pesar de que se ha establecido ya la gran fuerza de su poesía, el recuerdo del pasado, en Miguel tiene un tono distinto. Un tono melancólico y tierno. Por eso, cuando muere Ramón Sijé, su camarada de toda la vida "con quien tanto quería", Miguel le dedica una sentidísima elegía en la cual aparecen juntos el matiz nostálgico y el matiz devastador.

* * *

Miguel es un gran optimista. Y es un realista a la fuerza. Hubiera sido un gran iluso si la realidad no lo hubiera golpeado permanentemente. Este es el equilibrio que se admira en Miguel. Contra todo obstáculo, contra todo dolor —y una sensibilidad como la suya, sí que era propicia para el dolor— opone su bandera de optimismo.

Cuando se desengaña de la ciudad, se refugia optimista en su huerta. Cuando se desilusiona de la paz —por el advenimiento de la guerra civil— se refugia en el invencible espíritu de los luchadores de la república, como competía a su calidad de hombre libre, y se convierte en uno de sus más aguerridos defensores. Muere Ramón Sijé, y se sobrepone. Son derrotadas las fuerzas antifascistas, y se viste aun de nuevos bríos. Empieza su deambular por las cárceles de España y no se entristece: "Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña". Lo condenan a muerte —se la cambian luego por treinta años de prisión— y solo exclama: "Moriré como el pájaro, cantando". Se muere el hijo, ese hijo que había sido su mayor alegría, y aun tiene fuerzas para sobrevivir. Sabe que su esposa —único y eterno amor de Miguel Hernández— anda en la miseria mientras él está en la prisión, y es capaz todavía de cantar, contra todo dolor y toda pena:

*Sonreír con la alegre tristeza del olivo,
esperar, no cansarse de esperar la alegría.
Sonriamos, doremos la luz de cada día
en esta alegre y triste vanidad de ser vivo.*

Pero Miguel no aguanta más. Ha sufrido lo incontenible, han sufrido los suyos lo indecible. Han puesto a su vida "tanta cárcel". Y no puede esperar más lo que tenía que venir. Y entonces llega lo que María de Gracia Ifach llama un "derrumbe incontenible". Desencantado ya de todo, teniendo por delante aun treinta años de condena —los treinta años que

tiene en edad— aplastado por la oscuridad de su oscuro destino, Miguel desfallece y se rinde ante su desventura. Y el poeta optimista, el que guardaba siempre una sonrisa, llega al final y, desolado dice:

*Quise ser... ¿Para qué?... quise llegar gozoso
al centro de la esfera de todo lo que existe.
Quise llevar la risa como lo más hermoso.
He muerto sonriendo serenamente triste.*

Qué terrible debía ser la muerte para Miguel Hernández. Para él, que amaba tanto la vida, que amaba tanto su sangre, que creía tanto en su sangre y en la vida. Para él, que había escrito el poema de mayor fuerza que conozcamos: "Mi sangre es un camino", en el que dice:

*Mírala con sus chivos y sus toros suicidas
corneando cabestros y montañas,
rompiéndose los cuernos a topazos,
mordiéndose de rabia las orejas,
buscándose la muerte de la frente a la cola.*

Pero, como lo había prometido a La Pasionaria, ha muerto como el pájaro, cantando. Agonizante, ese 28 de marzo de 1942, escribió en la pared de su celda:

*Adiós, hermanos, camaradas, amigos.
Despedidme del sol y de los trigos.*

* * *

Miguel Hernández había sido él mismo. No había necesitado de nadie para su tremenda autenticidad poética. Tuvo mucho de Góngora, lo dejó; tuvo un poco de algunos de sus contemporáneos, lo abandonó. Era él solo. Sin afiliarse a ninguno de los "ismos" reinantes en España por esa época, Miguel quiso ser Miguel Hernández.

Asegura el crítico Sainz de Robles, que su prematura muerte no permitió el desarrollo de una escuela poética hernandiana, sintetizada en "la humanización absoluta de la poesía". Y en una sinceridad absoluta, también.

Miguel fue lo que quiso ser. Melancólico, como cuando dice a Ramón Sijé:

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.*

Devastador como cuando dice en ese mismo poema:

*Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.*

El caso de Miguel Hernández se reduce a que su poesía era algo incontenible. El no podía hacer poesía de transparencias, porque su vena no permitía contenciones. En él la poesía no fluía, sino que explotaba. No era hombre de ternuras sino de ímpetus. Por eso necesitaba un motivo sentimental demasiado contundente —como la muerte de Ramón Sijé o su propia muerte— para que sus sentimientos no se desbordaran, sino que aparecieran delgados, sometidos, diluidos. Y, a pesar de eso, le llega de repente la convulsión: “Quiero escarbar la tierra”, que Miguel consideró como “lo más hondo y mejor que he hecho”.

Conocemos nada más un poema —cuando se había encontrado ya totalmente— que se sale completamente de su fogosa línea. Y es un poema que no vale la pena: *Relación que dedico a mi amiga Delia*.

Miguel Hernández era todo poesía. Poesía que brotaba espontáneamente, con su espontaneidad de pastor; poesía que era toda corazón. “La poesía —había escrito Miguel Hernández— no es cuestión de consonantes, es cuestión de corazón”.

En Miguel Hernández los sentimientos se agolpaban y buscaban una salida en forma de poesía. Si estaba adolorido, su poesía era tremenda:

*hoy solo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.*

Si estaba enamorado, su poesía también era de una energía derrumbadora; en ella no cabía la palabra tenue. Todo en él era fuerza:

*He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.*

Si se inundaba de fervor patriótico, todo en él era fuerza:

*Quemado con el fuego de la cal abrasada,
hablando con la boca de los pozos mineros,
mujer, España, madre en infinito,
eres capaz de producir luceros,
eres capaz de arder de un solo grito.*

Su vida, su cortísima vida —32 años no más— cuando estaba en lo más bello se mezcló a la guerra civil española. Como competía a un hombre independiente, a un enamorado eterno de la libertad —“alto, alegre, libre soy”— se insertó en las filas de la república: luchó en sus trincheras, peleó hombro a hombro con sus soldados y fue —como García Lorca— una víctima de las fuerzas reaccionarias, que lo redujeron a la cárcel, y le ofrecieron —¡qué vergüenza!— trocarle la libertad por su afiliación al fascismo.

La dictadura franquista fue la que puso a su vida “tanta cárcel” —como se quejaba Miguel— y la que lo dejó morir, de patria y de tuberculosis, en una oscura celda, una oscura madrugada.

También era fuerte Miguel cuando hablaba de esa adolorida patria:

*Español, al rescate
de todo lo perdido.
¡Venceré!, has de gritar sobre cada momento
para no ser vencido.*

Y era fuerte y valiente al criticar a los cobardes, esa especie de hombres que detestaba tanto:

*Valientemente se esconden,
gallardamente se escapan
del campo de los peligros
estas fugitivas cacas,
que me duelen hace tiempo
en los cojones del alma.*

Y era fuerte y optimista al hablar de la juventud, al dejarle —en el poema *Juventud de España*— una consigna que debiera empuñar siempre, contra todas las barreras y contra todos los obstáculos: “Caídos sí, no muertos”.

El proceso de la vida de Miguel Hernández —reflejado exactamente en su poesía— es impresionante y trágico. El pastor alegre, alegre a pesar de la pena que lo acompaña —“siempre a su dueño fiel, pero importuna”— es un permanente mensaje de optimismo.

Y su vigor, su hombría, su coraje y sus ímpetus son un ejemplo claro para la juventud del mundo.